

NOE CASADO

NO TE HE OLVIDADO

EL
ESPERADO
DESENLACE DE
**NO TE
PERTENEZCO**

No te he olvidado

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Casado Ordóñez, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2016
ISBN: 978-84-08-16136-3
Depósito legal: B. 18.080-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Londres. Primavera de 1809

La primera vez que le fui infiel a Charles, sólo habían pasado tres meses desde nuestra boda.

No sucedió de manera premeditada.

Creo más bien que se trató de una especie de prueba.

Mi vida conyugal podía calificarse de apacible, segura, estable... y aburrida. Los primeros días no fui consciente de ello, ocupada con el traslado y demás menesteres propios de la organización de una nueva vida, de ahí que no tuviera tiempo de aburrirme.

Ocurrió durante nuestra primera aparición pública como pareja casada. Esperaba un coro de murmuraciones, porque no era ajena a las normas que se les imponían a las viudas. No se les negaba una segunda oportunidad, aunque se daba por hecho que la mujer en cuestión esperaba un tiempo prudencial. Eso sí, lo que de ninguna manera podía entenderse era que, tras un primer y ventajoso matrimonio, la viuda que había desembarcado en Inglaterra con lo puesto atrapase a otro marido que incluso superaba en alcurnia al primero.

Por eso, cuando aparecí del brazo de Charles, a nuestro paso hubo variados comentarios. Ya no se trataba, como en anteriores ocasiones, de simples especulaciones, aquello era real. Por mucho que quisieran criticarme o menospreciarme, mi título cerraba bocas y los obligaba a morderse la lengua, a la par que a comportarse con la necesaria hipocresía.

Yo era consciente de que Charles prefería quedarse en casa y esconderse en la biblioteca, pero su título lo obligaba a acudir a esos eventos. En ese caso, se trataba de una recepción con posterior cena en casa de unos marqueses. Lo esencial de ese tipo de encuen-

tros, aparte de conocer el nombre de los anfitriones, era dejarse ver, intercambiar comentarios inocuos y respetar la tradición.

Dejé a mi esposo junto con otros hombres y me dediqué a pasear por el salón. Respondí con suaves gestos a quienes me saludaban, obligados o no, hasta que un hombre, lejos de mostrarse educado, fijó sus ojos en mí con descaro.

Fue grosero, maleducado y excitante.

Conocía esa mirada insolente...

Me acaloré, mi cuerpo se encendió y no encontré otra manera de contrarrestar aquel calor que huuyendo. Me escabullí por una salida lateral y, al no conocer la distribución de la casa, acabé en las dependencias anexas; más en concreto en la despensa donde almacenaban los víveres.

No pude retroceder, pues él me había seguido, sin duda creyendo que mi intención era buscar un lugar apartado para reunirnos, lejos de miradas indiscretas.

—Buenas noches, condesa —murmuró a mi espalda.

Cerré un instante los ojos, respiré hondo y me preparé para rechazarlo. No me dio tiempo, pues se situó justo detrás de mí y colocó sus manos enguantadas sobre mis hombros desnudos.

—Será mejor que vuelva al salón...

Su mano comenzó a moverse, despacio, con parsimonia, recorriendo mi piel hasta llegar a la nuca, al tiempo que sentía su aliento junto a mi oreja.

—¿Recuerdas lo bueno que era, Ornela?

La verdad es que no lo recordaba, pues Stephan borró cualquier recuerdo que pudiera tener de un amante anterior.

—Déjame —rogué, pese a que mi cuerpo no pensaba lo mismo.

—Yo sí lo recuerdo... —musitó, haciéndome evocar aquellos días de despreocupación—. Tu cuerpo debajo del mío. Tu respiración agitada al compás de la mía...

—Vizconde...

—Fui el primero —prosiguió, con sus manos campando libremente sobre mi escote, sin que yo tuviera valor para detenerlo—. No te he podido olvidar...

—Yo sí —respondí.

—Y lo he intentado a conciencia. En cada mujer que me follaba te buscaba, Ornela. Cerraba los ojos y tu cara aparecía ante mí. Sólo así conseguía correrme...

—Estoy casada —alegué, en un último y lastimoso intento de librarme, no de él, sino de mi propio deseo.

—Eso no es ningún impedimento —replicó y llegué a la conclusión de que había tenido un elevado número de amantes.

Me hizo dar la vuelta entre sus brazos y, sin darme tiempo a nada, buscó mi boca para darme uno de esos besos que te dejan sin aliento. Recordé cómo era besar a un hombre con entusiasmo, con la curiosidad propia de quien quiere aprenderlo todo, y me dejé llevar.

—Agnus... —suspiré abrazándolo, mientras retrocedía hasta chocar con unas cajas de madera apiladas.

—Ninguna mujer ha pronunciado mi nombre igual que tú —dijo, levantándose el vestido—. Quiero volver a oírlo, a correrme con mi nombre en tus labios, suspirando mientras me pierdo en tu interior.

—No podemos —gemí ante aquella declaración de intenciones.

Desde luego, hacía muchos meses que nadie me hablaba así y, si bien no era ni el momento ni el lugar, me excité y la humedad entre mis piernas fue en aumento.

Agnus posó su mano justo en mi monte de Venus y comenzó a frotarme por encima de los calzones. De manera deliberada, evitaba rozar mi piel, logrando que mi calentura fuera aún mayor. Él sabía muy bien qué resortes tocar con tal de mantenerme expectante y deseosa de más.

—Percibo lo caliente y excitada que estás... Lo deseas tanto como yo. No lo niegues. Hace tanto tiempo, Ornela...

—Esto es una locura —suspiré.

—Estoy de acuerdo —convino, sin apartar las manos.

Aprovechando las cajas apiladas me sentó encima de la tosca madera y me subió la falda hasta la cintura, poniéndome así a su entera disposición. Se quitó de los guantes y los tiró de cualquier manera al suelo para poder tocarme directamente.

Desató el cordoncillo de mis calzones, bajándomelos acto seguido y comprobando en qué grado de excitación me encontraba. Me mordí el labio y reprimí un gemido, mientras mis piernas se separaban por voluntad propia, ofreciéndome a él caliente y expectante.

Pensé que Agnus liberaría su erección y me follaría allí mismo, de manera expeditiva e incontrolable, pero me equivocaba. Lo vi tragar saliva para luego caer de rodillas ante mí y acercar su boca a mi sexo.

Me agarré al borde de aquellas inestables cajas y tensé el abdomen cuando su lengua, tan hábil como yo la recordaba, entró en contacto con mis sensibles pliegues.

Amante experimentado, no fue directo a mi punto más sensible, sino que, despacio, fue recorriendo con la lengua cada pliegue, acercándose y alejándose para tenerme en constante estado de ansia y de deseo.

Sus murmullos de placer se mezclaban con los míos, lo que nos exponía a ser descubiertos. Si nos viera alguien del servicio, sólo se trataría de un chismorreo más para comentar en las cocinas. El problema, y muy peliagudo, sería que nos pillase algún invitado.

Pero el riesgo siempre ha sido y será un potente afrodisíaco, a la par que droga, pues, a pesar del peligro, no fui capaz de detenerlo. Su boca continuaba derritiéndome, estaba a un paso del orgasmo y no me importaba nada más.

Agnus conocía mi cuerpo, habían pasado los años, pero hay cosas que nunca cambian y, a medida que su lengua iba buscando y rozando cada recoveco, la tensión en mi interior crecía de tal forma que me era muy difícil quedarme quieta.

Comencé a mover la pelvis, buscando el máximo contacto, y él, consciente de mi necesidad, llegó a mi clítoris, que excitó sin piedad.

—Quiero volver a sentirlo, mi querida Ornela. Dame tu placer, déjame beberlo.

Yo no me encontraba en una situación muy proclive a la poesía ni a declaraciones rimbombantes como aquélla, pero tampoco me costaba mucho complacerlo.

Al cabo de los años, reencontrándonos en una dependencia del servicio, y yo en proceso de ser infiel, no estaba para corregir lo que me decía. No precisaba aquellas palabras, pero tampoco me hacían ningún mal.

No le di más vueltas. Ansiaba alcanzar el clímax y además hacerlo de aquella forma ilícita. Quizá aquél era el componente que le faltaba a mi matrimonio, en el que todo era delicadeza y corrección.

Me mordí la lengua, pues justo cuando la tensión llegaba a su punto álgido y sentía que dos segundos después alcanzaría el orgasmo, quise pronunciar en voz alta el nombre del único hombre que ocupaba mis pensamientos, algo que me resultaría complicado de explicarle al que tenía entre mis muslos.

—Ay, Ornela... —musitó él, pasando la lengua, ahora más despacio, por mi sexo hipersensible, logrando así que mi orgasmo se alargara unos segundos—. Eres tal como te recordaba...

De nuevo utilizaba un lenguaje de lo más refinado, envuelto además en un tono evocador, cuando, antes, Agnus nunca había sido amigo de tales delicadezas.

Se puso en pie y, pese al sopor postsexual, vi que se llevaba las manos a la bragueta, sin duda dispuesto a liberar su erección y penetrarme.

Alcé un brazo y le puse una mano en el pecho, con idea de detenerlo, aunque mejor hacerlo de forma sutil. No podía permitirle continuar; yo no contaba con aquella eventualidad y por tanto no estaba preparada para acogerlo en mi interior.

Me puse en pie y yo misma acabé de liberar su pene, asumiendo al hacerlo el control de la situación. Consciente de que un hombre excitado poco o nada podía hacer ante mis hábiles manos, acogí en mi mano su erección y comencé a acariciarla.

Agnus cerró los ojos, buscó un punto de apoyo y se sustentó en las cajas donde antes había estado yo. Jadeaba, cada vez más cerca de correrse.

Yo no quería mancharme las manos, o el vestido, así que metí la mano libre en su casaca y busqué un pañuelo. Con él envolví su erección y continué masturbándolo, ahora con más brío, dispues-

ta a acabar con aquello cuanto antes. No tenía ningún interés en satisfacerlo, ya no sentía esa especie de generosidad. Yo había obtenido mi cuota de placer y, en consecuencia, aquello incluso me hastiaba.

Por suerte, él no percibió mi malestar y se limitó a embestir, simulando los movimientos propios de la penetración. Apreté aún más el puño, para así ejercer más presión y hacer que alcanzara el clímax antes.

—Ornela... —gimió, dando muestras de lo cerca que estaba.

—Córrete —exigí y él, como cabía esperar, se lo tomó como un ruego propio del momento y no como síntoma de mi impaciencia por finalizar.

No tuve que esperar mucho y los primeros espasmos me hicieron suspirar de alivio, con disimulo. Agnus eyaculó en mi mano debidamente protegida con su pañuelo.

Dejó caer la cabeza, ahora visiblemente más relajado, y yo aproveché para arreglarme, pues llevaba demasiado tiempo alejada de la fiesta y mi ausencia podía extrañar.

—¿Vas a dejarme así?

Arqueé una ceja ante su tono marcadamente impertinente, como si tuviera la obligación de atenderlo.

—Debo volver a la fiesta —contesté con calma, abanicándome por si tenía las mejillas demasiado sonrojadas debido a lo ocurrido.

Agnus, aún sin haberse adecentado, se abalanzó hacia mí y me retuvo sujetándome de la muñeca.

—No me dejes así, por favor...

Su sonrisa, otrora seductora, ya no me afectaba. Ahora era una mujer, ya no era la niña inocente e impresionable de antaño, y por consiguiente era inmune a sus métodos de seducción.

Conmigo ya no funcionaban.

Los años, la experiencia adquirida y la espina que llevaba clavada en mi interior impedían que surtieran efecto sus armas de conquistador, que en otros tiempos me habían hecho suspirar.

—Ahorrémonos los melodramas, por favor —le dije, recuperando mi brazo.

Él se quedó sorprendido ante mi tono. Había sonado pragmá-

tico y prosaico en exceso; más propio de una persona hastiada de todo, y en cierta manera así era.

Pasado el furor inicial, ya no quedaba nada que me resultara atractivo para continuar allí y arriesgar mi reputación.

—Adiós, Agnus.

No esperé su réplica y me fui directa al tocador para comprobar mi aspecto. De camino, pensé si, teniendo en cuenta lo que acababa de hacer, podía considerarme una mujer infiel.

Quizá buscaba una justificación para sentirme mejor, pues Charles no se merecía algo así. Desde que nos casamos, se había desvivido por mí, intentando ser el esposo modelo y un padre ejemplar. Mi hijo, Alexander, era como su propio hijo, y no había escatimado esfuerzos por hacer que nos sintiéramos cómodos en nuestro nuevo hogar.

Llegué al tocador de señoras con esa idea rondándome la cabeza. Ésa había sido la primera vez que ocurría. No había sido premeditado, pero lo preocupante era que yo había sucumbido ante la primera tentación, lo cual podía ser peligroso, pues si apenas tres meses después de mi boda ya no respetaba a mi esposo, ¿cómo podría hacerlo al cabo de unos años?

Desde luego, exponiéndome al peligro no era el mejor modo. Puede que técnicamente hablando no le hubiera sido infiel a Charles, pero ¿qué resultaba más inquietante, caer en brazos de otro hombre y volver junto a mi marido como si nada, o desear constantemente a otro? La lucha entre el deseo y los hechos podía ser complicada de asumir, y más en mi caso, cuando, al serle infiel a mi segundo marido, pensaba en el primero.

Maldito Stephan.

Hasta ausente tenía que seguir interfiriendo en mi vida...

Algunas damas me saludaron al sentarme en el tocador. Yo sabía que únicamente estaban cumpliendo una norma de etiqueta, pues que si de ellas dependiera, me tirarían por la escalera a la menor oportunidad; no en vano les había «robado» un conde delante de sus narices. Era la francesa que, sin protectores ni dote, había logrado alzarse con el premio por encima de jovencitas entrenadas para pescar marido. Esas cosas nunca se perdonaban.

Las ignoré ya que, desde mi primera Temporada, aprendí que era mejor no hacer caso de los comentarios malintencionados, pues uno de sus principales objetivos era ponerme nerviosa y que metiera la pata, para así darles más carnaza.

Me concentré en lo que de verdad me importaba y era mi debate interno sobre lo que acababa de hacer, los motivos que me habían llevado a ello. También pensé si alguna vez olvidaría a un hombre capaz de abandonarme.

Llevaba tres meses casada con el mejor esposo que una mujer pudiera desear, a quien no se le podía objetar absolutamente nada y, sin embargo, mi comportamiento había sido reprobable.

Mientras regresaba al salón en busca de Charles, intenté por todos los medios dejar a un lado esos pensamientos. Si era menester, podía fingir que nada me rondaba en la cabeza y atender las conversaciones insustanciales de ese tipo de actos mientras seguía dándole vueltas a mis preocupaciones; no obstante, era más sencillo dejarlas a un lado. Para pensar, tenía todo el tiempo del mundo durante mis largas noches de insomnio.

—Te echaba de menos —murmuró Charles nada más verme, acercándose a mí pero sin tocarme. En público, era absolutamente respetuoso.

Algo que también hacía en privado, pues, para mi más completa estupefacción, siempre que pretendía hacer uso de sus prerrogativas matrimoniales me avisaba con anterioridad.

Pero lo que al principio me parecía estupendo, pues me daba la oportunidad de prepararme, había terminado siendo tan monótono que me ponía de los nervios, ya que se eliminaba por completo el factor sorpresa, la chispa de lo inesperado.

Puede que ése fuera el motivo de que hubiese sucumbido a las insinuaciones de mi primer amante. La improvisación, la sorpresa... algo fundamental para que el sexo no fuera mecánico, como ocurría en mi matrimonio.

Charles me idolatraba. Creía que era una valiosa joya a la que debía mimar, cuidar y proteger, y si bien esos propósitos podían considerarse loables y comprensibles por parte de un esposo, a la

hora de lograr la felicidad conyugal no servían de nada, pues conducían al aburrimiento, como era mi caso.

Quizá, si no hubiera conocido otro tipo de vida conyugal, podría haberme adaptado mejor. Sin embargo, tras mi tortuosa pero intensa relación con Stephan ya no me servían la mesura, la delicadeza y la admiración.

Había conocido la pasión, el deseo, el sufrimiento y, sobre todo, la constante tensión que un hombre podía causar y que, al ser recíproca, desembocaba en unos encuentros primitivos y satisfactorios; algo que junto a Charles aún no había encontrado.

Y que, para mi eterno pesar, sabía que con él nunca encontraría.

Un motivo más para odiar a Stephan.